









un orador perfecto, no iríamos a las escuelas filosóficas a pedir los preceptos de la virtud. Hoy por hoy, nos es necesario recurrir a autores que se apoderaron de aquella parte —abandonada, como he dicho— de la retórica, especialmente la mejor, y reclamarla como cosa nuestra, no para servirnos de los hallazgos que ellos realizaron, sino para demostrar que ellos se sirvieron de los hallazgos de otros”<sup>4</sup>.

Hasta aquí la dura crítica que Quintiliano dirige a los que sin duda considera sus antagonistas en el campo pedagógico. Toda esta larga y prematura acumulación de cargos no tendría explicación si Quintiliano no viese en la “educación filosófica” una ruta educativa que necesitaba ser refutada antes de que comenzase su amplia descripción de la “educación retórica”. Pero todavía nos interesa recoger una importante frase, ya que en ella se encuentra el argumento quizá más poderoso bajo el punto de vista teórico: “Sea por tanto el orador un varón de tal calidad que pueda ser llamado de verdad sabio (*sapiens*), y no sólo en el aspecto moral —ya que esto, aunque hay quienes no están de acuerdo, no es suficiente en mi opinión—, sino también en la ciencia y en toda facultad oratoria”<sup>5</sup>. Es decir: la educación no puede consistir sólo en educación moral, sino que ha de atender a otros aspectos igualmente importantes para el hombre; precisamente por eso considera él la ruta filosófica —aun suponiendo que lograrse conseguir los fines a que tiende— como insuficiente y demasiado estrecha. El camino ofrecido por Quintiliano tiende, por el contrario, a una meta que reúne en sí misma la perfección moral y otros aspectos no menos necesarios para que pueda hablarse de una perfección completa y verdadera. El ideal al que mira es “un hombre de tal calidad que quizá no haya existido nunca, pero no por eso debemos tender menos a la perfección: como hicieron la mayor parte de los antiguos, los cuales, aun pensando que el sabio por excelencia no había sido todavía hallado, su-

---

<sup>4</sup> *Ibid.*, 16-17.

<sup>5</sup> *Ibid.*, 18.



























medida de lo posible, fueran sabias o que por lo menos se eligiese a las mejores siempre que lo permitiesen las circunstancias. Pero, aun suponiendo que hablasen correctamente, no cabe duda de que hay que prestar mayor atención a sus costumbres. Son las nodrizas las personas a quienes el niño escucha al principio; son sus palabras las que él intentará repetir imitativamente. Y nosotros permanecemos por naturaleza muy aferrados a las cosas que percibimos cuando éramos niños inocentes”<sup>30</sup>. Las palabras que Quintiliano emplea a continuación recuerdan a otras empleadas por Séneca en un diferente capítulo del *De ira* II. He aquí las palabras de Quintiliano: “Lo malo es que estos defectos son más graves en la medida en que están más radicados. Lo bueno se cambia fácilmente en peor; porque ¿cuándo se ha visto que los defectos se conviertan en virtudes? Por eso, ni siquiera en la infancia debe habituarse el alumno a un lenguaje que después deberá desaprender”<sup>31</sup>. Y ahora las de Séneca: “La educación requiere la máxima diligencia, que será de muchísimo provecho, pues es tarea fácil performar las almas tiernas todavía; pero resulta difícil cortar los vicios que con nosotros fueron creciendo y engrandeciéndose”<sup>32</sup>.

Uno de los fragmentos en que el lenguaje de Quintiliano se hace más parecido al de Séneca está en el segundo capítulo del libro I, cuando el autor da una serie de argumentos para demostrar que no es la escuela la que suele dañar las costumbres del niño, sino la sociedad que le circunda desde su mismo nacimiento. Hace entonces una estupenda crítica de las costumbres familiares, las cuales, lejos de inducir a los niños a la virtud, más bien los sumergen en los vicios sin que los pequeños tengan ni siquiera la ocasión de darse cuenta<sup>33</sup>. Prácticamente todos los argumentos que toca Quintiliano en ese fragmento

---

<sup>30</sup> QUINT., *I.O.*, I, 1, 4-5.

<sup>31</sup> *Ibid.*

<sup>32</sup> SEN., *De ira*, II, 18, 2.

<sup>33</sup> QUINT., *I.O.*, I, 2, 6-8.

habían sido tratados por Séneca en diferentes partes de sus obras, aunque rara vez los hubiese referido sólo a la niñez<sup>34</sup>.

En el libro II de la *Institutio Oratoria* hay alguna que otra apreciación pedagógica que acusa igualmente un claro paralelismo con determinados procedimientos recomendados por Lucio Anneo. Quizá sólo valga la pena fijarse en un punto: el enfoque con que ambos miran a la alabanza como posible estimulante educativo. “Con la licencia —comenta el pensador cordobés— crece la temeridad; con el servilismo crece el apocamiento; se ufana el niño si se le alaba y cobra confianza en sí mismo; pero las alabanzas también engendran insolencia e irritabilidad; así que entre estos dos escollos debe ser guiado, de modo que unas veces usemos el freno y otras veces la aguijada (...). Todas las veces que triunfare e hiciere algo digno de alabanza no le toleremos se enorgullezca ni exteriorice su gozo con desmesura, porque al gozo desmesurado sigue el engreimiento y una exagerada estimación de sí mismo”<sup>35</sup>. Las palabras de Quintiliano están en un contexto muy diferente, que conviene no perder de vista; él está hablando ahora del preceptor propiamente dicho —que para él es, obviamente, el maestro de retórica— y describiendo cuáles han de ser sus cualidades y disposiciones en la relación educativa; por lo mismo, Quintiliano se está refiriendo ahora no a niños pequeños, sino a preadolescentes y adolescentes. He aquí el fragmento que nos interesa: “Al valorar los ejercicios de los alumnos, no exagere (el preceptor) ni en un sentido ni en otro, porque un juicio demasiado severo ocasiona el cansancio en el estudio, mientras que un juicio demasiado elogioso provoca en el elogiado una confianza excesiva”<sup>36</sup>. Y más adelante, hablando de los alumnos a quienes se permite en clase una conducta defectuosa, dice que en ellos se produce “una tonta y vana convicción de superioridad, hasta el punto de

<sup>34</sup> Respecto a la incitación que realizan los padres a la riqueza y a la codicia, véase por ejemplo *Ep.* CXV, II.

<sup>35</sup> SEN., *De ira*, II, 21, 3-5.

<sup>36</sup> QUINT., *I.O.*, II, 2, 6.

que, hinchados por el aplauso tumultuoso de sus compañeros, llegan a enemistarse con el preceptor si éste les alaba poco”<sup>37</sup>. Una vez más, las recomendaciones de Quintiliano cobran sentido pleno si las incluimos en un marco escolar, si las aplicamos —como era su deseo— a la relación profesor-alumno; y es precisamente en ese ámbito donde se han hecho merecedoras del reconocimiento y de la admiración de quienes las han comprendido y llevado a la práctica. Pero tienen sin duda un sabor muy diferente al de las apreciaciones de Séneca.

Hay, no obstante, alguna frase aislada que nos indica que las ideas de Séneca y Quintiliano respecto a la relación profesor-alumno eran bastante próximas. El primero cita una vez con mucho gusto y devoción un dicho de su tan admirado maestro Attalo, en el cual ponía éste de relieve que el objetivo al que deben tender el profesor y el alumno es el mismo: “El mismo propósito, dice, han de tener el maestro y el discípulo; aquél, de dar provecho; éste, de sacarle”<sup>38</sup>. Quintiliano, cuando habla de los deberes del discípulo, hace la siguiente observación: “Pues así como el deber de aquéllos (los maestros) es enseñar, el de éstos (los discípulos) es mostrarse bien dispuestos a aprender (*praebere se dociles*): de otro modo, a nada conduciría una cosa sin la otra”<sup>39</sup>.

También podríamos señalar algún paralelismo entre ciertos textos de Quintiliano referentes a la corrección y al castigo<sup>40</sup> y otros en los que Séneca trata el mismo argumento<sup>41</sup>, aunque, como siempre, el primero alude directamente al ámbito escolar mientras el segundo estudia esas cuestiones dentro de un marco más general y, por así decirlo, socializado. En todo caso, no conviene olvidar que Cicerón trató igualmente esos puntos<sup>42</sup>; por tanto, si Quintiliano se inspiró en

<sup>37</sup> *Ibid.*, 12.

<sup>38</sup> SEN., *Ep.* CVIII, 3.

<sup>39</sup> QUINT., *I.O.*, II, 9, 3.

<sup>40</sup> QUINT., *I.O.*, I, 3, 14-17; II, 2, 4-5; II, 4, 10-11; II, 6, 3-4.

<sup>41</sup> SEN., *De ira*, I, 6, 1-5; I, 15, 1-2; II, 31, 8. — SEN., *De clementia*, I, 14, 1-3; I, 18, 1-2; I, 20, 1-2; etc.

<sup>42</sup> CICERÓN, *De officiis*, I, 25, 12; I, 38, 1; I, 38, 4-5.

alguien al referirse a los mismos, fue seguramente en Cicerón más que en Séneca.

### *Una fuente común: Crisipo*

Si no existen otros textos más explícitos, me parece claro que los pocos que hemos venido analizando son insuficientes para reconocer una influencia real de Séneca sobre Quintiliano en materia de educación. En primer lugar, se trata de coincidencias en puntos ciertamente secundarios y, lo que es todavía más significativo, en puntos en los que, supuesta la seria preocupación pedagógica de ambos pensadores, lo extraño sería más bien que no estuvieran de acuerdo. En segundo lugar, aun dando a esas coincidencias más peso del que realmente tienen, bastaría a justificarlas la consideración de que Quintiliano utilizó ciertamente como fuente un tratado de pedagogía que había escrito Crisipo y que después se perdió; el preceptista romano cita en varias ocasiones esa obra del filósofo estoico<sup>43</sup>, obra que indudablemente conoció y utilizó también Séneca. No es posible olvidar tampoco que la obra senecana a la que hemos acudido principalmente hasta el momento —el II libro *De ira*— constituye uno de los primeros escritos del pensador cordobés, y, aunque abundan ya allí los rasgos que después definirán al Séneca maduro, la influencia de la vieja Stoa es todavía patente<sup>44</sup>.

<sup>43</sup> Concretamente, en I.O., I, 1, 14; I, 1, 16; I, 3, 14; I, 10, 32; I, 11, 17; II, 15, 34. Sobre las concepciones educativas de la primera Stoa y de Crisipo, cfr. M. POHLENZ, *La Stoa: Storia di un movimento spirituale* (trad. italiana del original alemán: *Die Stoa: Geschichte einer geistigen Bewegung*, Vandenhoeck und Ruprecht, Göttingen, 1959), La Nuova Italia, Firenze, 1967, vol. I, págs. 282-283. Más detalles en el libro de G. PIRE, *Stoicisme et Pédagogie*, Vrin, Paris, 1958. También para Cousin resulta patente que Quintiliano conoció esa obra de Crisipo; cfr. *Études sur...*, vol. I, pág. 24.

<sup>44</sup> Cfr. J. L. GARCÍA GARRIDO, "El *corpus senecanum* y los temas referentes a la formación humana", en *Revista Española de Pedagogía*, 101, 1968, págs. 46-51; allí se contiene una selección bibliográfica sobre la cronología de las obras de Séneca y, en concreto, del *De ira*.

Penetrando más a fondo en la cuestión, observaremos que el influjo que Crisipo ha ejercido sobre Quintiliano es de carácter netamente diverso al que ejerció antes sobre Séneca. Ya he tenido ocasión de comentar y de justificar largamente en otro lugar que en Lucio Anneo falta casi completamente el rasgo más importante de Crisipo: el profundo intelectualismo de su doctrina<sup>45</sup>. Respecto a Quintiliano, en cambio, bastaría releer los fragmentos en los que cita a Crisipo para convenirse de que no fue precisamente el intelectualismo de éste lo que más disgustó al ilustre *rhetor*, aunque está claro que Quintiliano no prestó a la obra del viejo estoico una atención profunda, de signo filosófico. Si, por ejemplo, estudiamos el enfoque con que Quintiliano aborda el segundo capítulo del libro XII de su *Institutio* —dedicado a un tema tan importante como éste: que “al orador es necesario conocer los elementos que forman las costumbres”—, nos daremos cuenta muy pronto de que su planteamiento es intelectualista; para él, el progreso moral parece depender sólo o primordialmente del conocimiento de la *doctrina* moral. “¿Será moderado —nos dice— quien ignora qué cosa sea la moderación?; ¿es que será fuerte el que de ninguna manera se haya liberado de los temores del dolor, de la muerte, de la superstición?; ¿o será justo aquel que no haya examinado nunca con un estudio profundo la cuestión de la equidad y de la justicia, ni las leyes que han sido dictadas para todos por la naturaleza o las que los pueblos se han dado a sí mismos?”<sup>46</sup>. Desde luego, no se trata de apoyarse excesivamente en este pequeño fragmento; en el mismo Séneca encontraríamos afirmaciones parecidas, a pesar de su falta de intelectualismo. Habría que tener en cuenta todo el enmarque de la *Institutio*, y de modo especial el enmarque específico del libro XII, para observar que el optimismo educativo de Quintiliano tiene a su base una confianza casi absoluta en el poder autoeducativo y heteroeducativo de

<sup>45</sup> Cfr. mi libro *La filosofía de la educación de L. A. Séneca*, EMESA, Madrid, 1969, págs. 80, 107, 116 y 119.

<sup>46</sup> QUINT., I.O., XII, 2, 2-3.

la *inteligencia* humana. La eficacia misma de esa técnica casi omnipotente que es el *ars oratoria* se apoya en bases intelectualistas.

Esta última consideración nos lleva irremediablemente a plantearnos un problema fundamental, de cuya concreta solución depende que lleguemos a comprender el verdadero alcance y significado pedagógico de los dos hispano-romanos: cuáles son y qué carácter tienen sus contrastes, sus diferencias de criterio. Ese será el objetivo al que apuntará próximamente nuestro estudio.